

BIBLIOTECA NACIONAL



0503706

Antes 11(866-41)



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra.....

1

Sala en que se encuentra...

9

Tabla en que se halla.....

305

Orden que en ella tiene

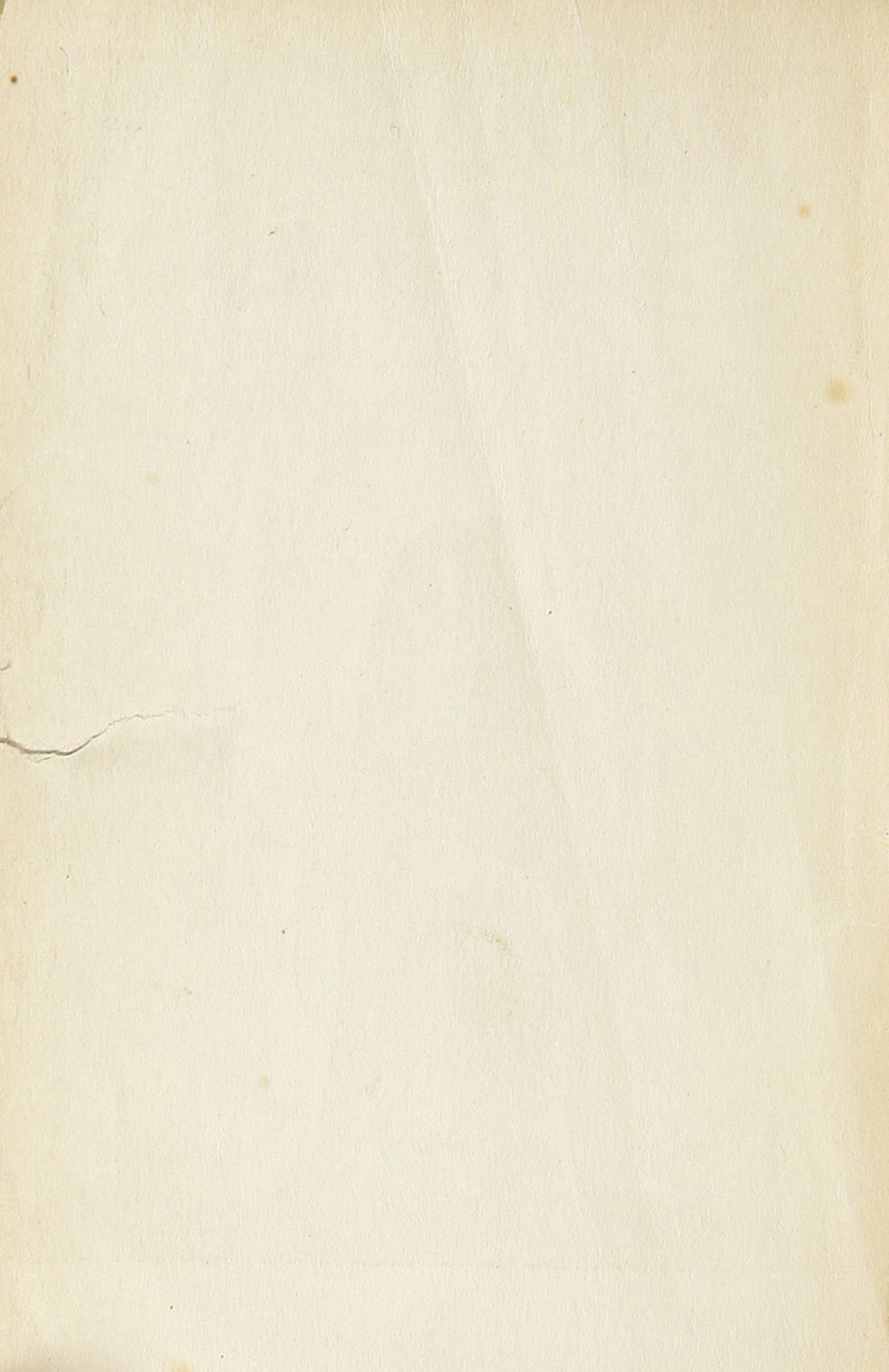
10

Mic
4407

9(305-10)

REMANO DEL
ENVEÑO
MARRI MOTIVEL





REMANSOS DEL ENSUEÑO

MARÍA MONVEL

REMANSOS DEL ENSUEÑO

SENDEROS DE LUNA — ALMAS Y ESTRELLAS — LAS
TARDES SOLITARIAS — SILUETAS — LOS TRES CANTOS



El 1.º de Enero de 1918 se trasladará
a Estado 63

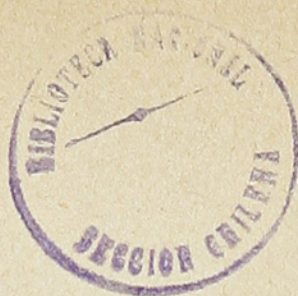
IMPRENTA UNIVERSITARIA

Bandera 130 — SANTIAGO —

1918

ES PROPIEDAD DE LA AUTORA

INTRODUCCIÓN



AL MARGEN DE "REMANOS DEL ENSUEÑO"

Trabajar en un verso evocador y transparente,
lejos del tiempo y de la realidad,
y batallar con sus bellezas desesperadamente,
hasta la eternidad.

Que bajo la poesía de las tardes futuras
nos dé su inquietud cada estrella,
y que nos sorprenda el ancho viento de las noches oscuras
buscando la cadencia aquélla...

Y eternamente así! Que el momento
el día, el siglo, en fin, toda la vida,
nos hallen tristes y torturados persiguiendo en el viento
la palabra perdida...

Recorrer hondos ríos y trepar agrias sierras,
por perseguir el ritmo más insignificante;
cruzar desesperados las más abruptas tierras
buscando los tesoros nuevos de un consonante...

Conocer los tormentos de las grandes ciudades,
por dar un matiz raro a la estrofa adorada;
ir viviendo, una a una, todas las soledades,
para escuchar a solas la cadencia encontrada...

Y sacrificar nuestros amores,
y recibir sonriendo la tortura,
y romper estrellas y deshojar flores
a los pies de la estrofa futura...

Y dejar atrás todo: nuestra pena errabunda,
nuestra gloria soñada, nuestro humilde reposo;
hasta encontrar la muerte una tarde profunda
al resplandor de un verso perfecto y doloroso...

DANIEL DE LA VEGA.

PARA EL LIBRO DE MARÍA MONVEL

Lector: abre estas páginas con cariño y respeto.
Es un sencillo libro de mujer.
Un corazón desnudo nos cuenta su secreto.
En estos versos vibra un espíritu inquieto
que supo amar y padecer...

Son versos transparentes,
llenos de una simpática vagabunda emoción,
son sinceros, dolientes,
rosas desfallecientes
de una antigua ilusión...

Angustia indefinida, dulce romanticismo,
nostalgia repentina de un amor que se fué,
que nos hace llorar de sentimentalismo
y de tristeza, sin saber por qué...

Lector: es una niña la que escribió este libro,
llena de suavidad y de ternura.

Léelo con cariño, vibra como yo vibro
con esta pena florecida de melancólica amargura.

RAFAEL DE LA FONTANA.

REMANSOS DEL ENSUEÑO

SENDEROS DE LUNA

EL PRIMER SECRETO

Por la vez primera yo oculto en el fondo,
en lo más profundo de mi alma un secreto.
En días felices, mi vida fué un libro
a toda curiosa mirada entreabierto,
y todos podían leer hasta el fondo
en el iris puro de mis ojos negros.
Mas hoy no es lo mismo... por la vez primera
yo tengo un secreto,
y para que nadie lo descubra, siempre
lo llevo escondido dentro de mi pecho...
No lo sabrán nunca, ni él, ni nadie, nunca;
porque cuidadosa por mis labios velo,
y cuando me miran, entorno los párpados
porque no lo vean reflejarse en ellos...
Ni aun cuando estoy sola me atrevo a nombrarlo
de un miedo insensato de que escuche el viento.

Y al dormirme siempre me digo azorada:
¡Dios mío! quién sabe si lo nombre en sueños!

A veces quisiera confiárselo a ella,
mi amiga del alma, tener el consuelo
de que me escuchara balbucir temblando,
la voz apagada: «¡lo quiero!... ¡lo quiero!
lo quiero: aunque sea mi amor un delirio,
un delirio insano que hará mi tormento!»
...El temor me asedia y el valor me falta;
van a hablar mis labios y luego enmudezco
y pasan los días y las noches pasan,
consumida el alma por este secreto.
Un día que estaba con ella, turbadas
nos quedamos ambas, y mi pensamiento
voló como siempre tras su imagen triste.
Ella al observarlo me dijo muy quedo:
«Tú sufres... he visto pasar una sombra
por tus ojos... algo que yo no comprendo.
Ya no eres la misma, te acosa una pena...
...¡o acaso tendrías para mí secretos!»
Iba a responderle... Su nombre adorado
discurrió temblando por mis labios trémulos,
mas me puse roja y entorné los párpados,
y respondí apenas: «no, no es un secreto.»
Y me quedé inmóvil, consumida y pálida
y abrasada toda por ese silencio!

¡Que él nunca lo sepa! ¡Qué esfuerzo es preciso
para hacer que callen estos ojos negros!
¡Ah! si yo pudiera también ignorarlo!
Pero todo es vano... lo llevo aquí dentro,
y él no lo ha sabido ni lo sabrá nunca...

¡Por la vez primera yo tengo un secreto!

Y ENTONCES ELLA DIJO...

«Te adoro ¡Ya lo sabes!... ¿estás por fin contento?
¡Cuánto, cuánto exigirme que respuesta te dé!
En el fondo del alma llevaba el sentimiento
de este amor infinito, mi tormento y mi bien!»

¿No lo habías leído mil veces en mis ojos?
¿No lo decía a voces mi extraña palidez?
Pero no era bastante... Querías que vencidos
estos trémulos labios lo dijeran también...

Yo nunca ni a mi misma lo había confesado
en un afán absurdo de ignorarlo talvez:
y en hora de demencia me lo has arrebatado.
¡Ya es tuyo este secreto que tanto te oculté!

Y como ya lo sabes, quiero decirte todo
lo que por tanto tiempo valerosa callé.

Mi amor es un torrente que destrozó sus diques
y ni el pudor ni el miedo podránlo contener.

Ni fácil ni coqueta, mis energías todas
en esta sorda lucha reuní para vencer...
No tuviste piedad y es tuyo mi secreto...
¡pobres débiles fuerzas de una débil mujer!

Y pues que has penetrado hasta el fondo del alma
para allí mi secreto, mi confesión leer,
no tienes ya derecho para olvidarme nunca
y tu amor sólo mío para siempre ha de ser.

Quiera Dios que si un día tu corazón me olvida
no encuentres agua fresca para apagar tu sed;
el sol te niegue lumbre y el árbol grata sombra
y se te cambie el vino en acíbar o en hiel!

Que no tengas reposo, ni salud ni descanso,
y vacía de todo pensamiento la sien,
huya de ti la Muerte, redentora suprema,
cuando le pidas tregua para tu padecer...

¡Oh desconfianza necia! oh pesimismo negro,
no vengas a verter una gota de hiel
sobre este amor ardiente, poderoso y eterno
que es la suprema dicha .. ¡perdóname mi bien!

DELIRIOS

Anoche te soñé muerto:
lacia la hermosa cabeza,
los párpados entreabiertos...
Pálidos, mudos y yertos
los dulces labios de fresa.

Anoche estabas dormido
para siempre entre mis brazos!
¡Oh! Si yo hubiera podido
quedar prendida en los lazos
de ese sueño interrumpido!

Seguir tu sueño arrullando
por la eternidad entera!
Por siempre seguir besando
tus fríos labios de cera!

Esa boca que en la vida
tiene desprecios crueles,
era tan dulce dormida
como una copa de mieles.

¡Por qué no sigues dormido
por la eternidad en mis brazos!
¡Cuán hermoso hubiera sido
quedar prendida en los lazos
de ese sueño interrumpido!

Cuando hoy he visto en la vida
tu fría boca altanera,
así pensé, dolorida:
«¡Por qué no sigo dormida
besando la entumecida
flor de su boca de cera!»

EPÍSTOLA

En este día gris, como me abruma el tedio
y no encuentro a mis penas, para mi mal, remedio,
la angustia dolorosa que mi esperanza trunca
te diré en esta carta que no he de enviarte nunca;
esta carta que escribo para calmar el duelo
de mi dolor acerbo que no encuentra consuelo,
y que yo escribo en verso, porque, tú bien lo sabes,
que se pueden en verso decir cosas muy graves,
y ninguno se espanta, maravilla o admira
y dicen: «¡fantasías que la musa le inspira»!

¡Cuán dulcemente acoges, divina poesía,
estas penas sin causa de la melancolía!

Y he de decirlo todo sin rubor; mis angustias...
todo sí, mis desvelos, mis ilusiones mustias,
mis congojas secretas y mi destino adverso...
porque bien sé que todo puedo decirlo en verso.

Ayer cuando contigo charlaba y sonreía
¡cómo me atenaceaba la cruel melancolía!
No me atreví a mirarte, pues no hubiera podido
ocultarte mis penas, y habrías conocido
todas mis aflicciones y todos mis enojos:
porque mienten los labios, mas no mienten los ojos.

¡Oh! cómo veo toda mi juventud marchita
presa mi pobre vida de una angustia infinita...
Y la angustia que todas mis ilusiones trunca
te diré en esta carta que no he de enviarte nunca!

Ningún amor posible me arrancará del alma
este amor imposible que me roba la calma
y me tiene angustiada y dolida e inquieta...
No sonrías diciendo: «¡congojas de poeta»!
pues no, yo te lo juro, no son penas fingidas
sino acerbos dolores y sangrientas heridas,
imposibles, absurdos y tenaces anhelos;
en los días angustias y en las noches desvelos!
Y me embarga este amor, que yo no digo a voces
porque el pudor lo impide; amor que desconoces
o que conoces, porque... —¡vanidad de mujeres!—
a veces me imagino que tú también me quieres
y no lo has dicho nunca, pues como sabes tanto,
sabes que una palabra rompería el encanto.

Cuando estamos felices y olvidados de enojos
charlamos, yo me digo: ¡quién pudiera en sus ojos

mirarse! y tú quién sabe si te dices lo mismo;
y aunque juntos estamos, nos separa un abismo.

A veces cuando me hablan tus labios sonrientes
de mil cosas diversas, temas indiferentes,
son para mí una música de amor apasionada
esas frases que nunca de amor tuvieron nada.
Y suelo hallar hermosa mi pena, cuando pienso
que no hay amor más bello que el raro amor intenso
que la extraña ternura febril y apasionada
de dos seres que se aman y no se han dicho nada.
Mas ¡ay! también me acosa la desesperación
porque no puedo a gritos decirte mi pasión
y de hacer—¡oh, la hiel de continuos enojos!—
que enmudezcan los labios y enmudezcan los ojos;
evitar que el amor en los ojos irradie
porque es un gran pecado que lo adivine nadie;
ocultar sabiamente la cruel melancolía
y a lo sumo... llorarla en una poesía!

Eso está permitido, porque tú bien lo sabes
que se pueden en verso decir las cosas graves
y nadie se sorprende, maravilla o admira
porque: «¡son fantasías que la musa le inspira»!

Pues mil veces mejor. Así tengo el consuelo
de sollozar en versos este imposible anhelo
y decirte la angustia de mi esperanza trunca
en esta larga carta que no he de enviarte nunca!

LA CIEGA

Ella no supo nunca del sol ni de las flores,
ni del azul sereno del firmamento... Ella
no vió el rostro a su madre, ni el fulgor de la estrella,
ni de la primavera los cálidos verdores.

En el iris azul de los ojos de ensueño,
no enciende su centella ni una vaga mirada,
y aunque los abre el alba, y aunque los cierra el sueño,
la pobre niña ciega no ha visto nunca nada.

Sus días se deslizan con taciturna calma
junto al clave, al que arranca sonidos melodiosos,
y como lleva todos los astros en el alma
sus ojos sin mirada los ven, y están gozosos.

¡La pobre niña ciega!... Mas no... que ella no llora.
Su vida es como un río sereno, de infinita,

de honda paz. Ni un tormento la conturba o la agita,
y aunque vive en penumbras, lleva dentro una aurora.

Y conversa del sol, de las flores hermosas,
de el cielo, de los astros, de la luna argentina.
No las ha visto nunca, pero las adivina
mucho más esplendentes y mucho más gloriosas.

Quizás qué mundos sueña su loca fantasía!
¡qué milagros de flores! ¡qué fulgores de estrellas!
¡qué estupendos prodigios de sol! ¡qué poesía
soñadora de luna! ¡qué mañanas tan bellas!

Y así vive la ciega. Junto al clave, arrancando
con sus pálidos dedos extrañas melodías.
En un concierto de hondas, de claras alegrías
las horas de la ciega se deslizan soñando.

¡Qué jamás esos ojos por un prodigio extraño
se entreabran gozosos, la penumbra vencida,
pues sería muy grande, muy cruel el desengaño
porque nunca es más bella que los sueños la vida!

AMOR SENTIMENTAL

Mi corazón es todo vuestro... todo... El presente muy humilde, por cierto, no puede complacer; mas cual la pobre viuda de la Escritura Santa mi bien único pongo confiada a vuestros pies.

Mi corazón es vuestro todo. Tan sólo sabe para vos y por vos latir amante y fiel.
¡Considerad que es frágil y sensitivo y dulce y no con ruda mano, por Dios! le atormentéis!

Mi corazón es vuestro... lo será para siempre! mi vida y mis canciones y mis sueños con él.
Reposad en mi pecho la cabeza cansada y con callados besos os sabré adormecer.

Mi corazón es arca de todos los amores; apagad en la fuente de mis labios la sed!

Para vos tienen lumbre mis pupilas, y es todo
mi sér entero dulce como un panal de miel...

Reposad... Al conjuro de mi voz, blando arrullo,
huirán las tormentas para no más volver.
Dormid entre mis brazos, dormid, y mientras tanto,
con ternura infinita yo por vos velaré.

EL ETERNO COLOQUIO

A la hora tristísima en que la luz se esfuma
y el crepúsculo envuelve las cosas en su bruma,

reflejando en los ojos amores sobrehumanos
van dos sombras muy juntas... las manos en las manos.

Crujen bajo sus plantas las hojas amarillas...
Oigamos lo que dicen sus pláticas sencillas:

—Has de quererme siempre?—Por una eternidad
en ésta nuestra vida y en la de más allá»...

Junto a un sauce que extiende su lloroso follaje
detiénense a mirar el desierto paisaje;

después se dan un beso, pero tan inocente
que el Angel de la Guarda los contempla sonriente.

Y dice así el amante: «Dí que este beso mío
no ha de borrarlo nunca ningún otro, bien mío!»

—«Nunca»—murmura ella.—Y eternamente juntos
hemos de estar en vida.—Luego también difuntos!»—

Ha dejado la noche caer su espeso velo
y los astros cintilan piadosos en el cielo...

Se marchan los amantes, las manos enlazadas
¡y de ellos el Destino se ríe a carcajadas!

EL ENSUEÑO

La pastorcilla Cloris,
la de los mil hechizos,
como grana la boca,
como el oro los rizos,

la de cuerpo espigado
y esbelto y hechicero,
camina triste y sola
por el largo sendero.

Pues la hizo mucho daño
la conseja sencilla
del zapato perdido
de la Cenicientilla.

Y es un pensar eterno
en galas y en encajes,

en las más ricas joyas
y en los más lindos trajes.

¡Señor, porque es tan triste
marchar por los senderos
apacentando el blanco
rebaño de corderos!...

La pobre pastorcilla
camina alucinada
pensando en el encuentro
con una buena hada.

Que ella es también hermosa,
lo sabe la inocente:
se lo dijo el espejo
de plata de la fuente.

Que ha probado la niña
un mágico beleño
y bebido en la copa
traidora del ensueño.

Mirad como persigue
su incansable anhelo
con los brazos caídos,
y el cayado en el suelo...

—El sol fina en ocaso
su transitorio viaje

y sumerge en sus mansas
penumbras, el paisaje.—

¡Cómo la ha puesto triste
la conseja sencilla
del zapato perdido
de la Cenicientilla!

Pensando que es un mago,
si pasa algún anciano
le cede su merienda
y le tiende la mano.

Cuando encuentra una rama
del camino en la orilla,
cree que ha descubierto
la mágica varilla:

«Si eres por Dios dotada
con virtud milagrosa,
yo quiero que transformes
en palacio mi choza...»

dice, y espera en vano
ansiosa la mirada
la transformación súbita
de su humilde morada.

«¿Por qué yo no soy digna
cuando también soy buena?...»

murmura sollozando
con infinita pena.

Un mancebo se acerca
y al verla, conmovido
«¿Por qué lloras?» inquiera
confuso y afligido.

Y ella, alzando sus claras
pupilas, arrasadas
en lágrimas, responde:
«¡Señor, porque no hay hadas!»

COMUNION PAGANA

Ya está echada mi suerte. Te seguiré en la vida.
para endulzar tus hieles, para amargar tu miel.
Te seguiré de lejos o de cerca; escondida
o visible. Por siempre seré tu sombra fiel.

En tu pecho cansado, de donde las pasiones
huyeron para siempre, allí, en tu corazón
que helaron ya los vientos de las desilusiones
iré a colgar mi nido que es aroma y canción.

Amo la honda fatiga de tus ojos cansados...
¿no has leído en los míos una interrogación?
¿Habrán llorado mucho y están ya fatigados?
¡Amo tus ojos tristes con inmensa pasión!

No sé, en verdad, qué fuerza, qué impulso, qué deseo
me lleva a amar tus labios que no saben besar.

No creo en los amores que me brindan, y creo
en ese amor que nunca me han sabido expresar.

Yo traeré a la obscura soledad de tu vida
mis sueños, mis canciones, mi juventud en flor.
Incendiaré en mis llamas tu juventud vencida
y seré entre tus manos una olorosa flor.

He llegado a turbar tus veladas tranquilas
con un poco de ensueño y un poco de emoción;
y dejarán por siempre mis oscuras pupilas
una huella indeleble sobre tu corazón.

Yo te ofrezco los pétalos de mi boca sangrienta...
Toda mi vida entera la he consagrado a ti,
Recibe de mis labios la juventud. ¡Qué sienta
que he infiltrado en tus venas la que me sobra a mí!

MADAME BUTTERFLY

La japonesita de los ojos largos
que vive acosada por eterno spleen
y que apura a sorbos un the muy amargo
y pasea sola sobre un palankín;

La japonesita de los ojos nubios
se enamoró, dicen, de un señor francés
de pupilas claras y cabellos rubios
arrogante el porte, muy blanca la tez.

De la bella Francia, su tierra lejana
llegó hasta la patria de la crisanthème,
de los palankines y la porcelana,
de los abanicos y de las musmés.

A la más hermosa de las japonesas
conoció, y al punto díjole su amor,

las pequeñas manos en sus manos presas
junto a la fragancia de un naranjo en flor...

Lleva ella prendidos los negros cabellos
de oro y pedrerías con rico alfiler
y como serpientes se enroscan en ellos
sus extravagantes sueños de mujer.

La japonesita de los labios rojos
no sabe a la loca pasión combatir...
Sonríe turbada y entorna los ojos
y no tiene fuerzas para resistir...

«Hemos de fugarnos a un suelo remoto;
después marcharemos a otro país.
Iremos a Egipto, la tierra del loto...
más tarde a Inglaterra, después a París!»

Pero el extranjero, de la japonesa
en muy breve tiempo se olvidó después;
y la pobrecilla muere de tristeza
entre palankines y entre crisanthemes.

.....
.....

Y en un bello día claro y perfumado
cuando comenzaba la bella estación,
la encontraron muerta:... Tenía clavado
Su alfiler de oro sobre el corazón!

HORAS CRUELES

Me oculto bajo el velo de mi serenidad...
Tengo el orgullo inmenso y heroico de oponer
a todos los dolores mi insensibilidad
para que no adivines jamás mi padecer!

¡No me verás llorar, no me verás sufrir
para que no te goces en mi horrendo dolor!
Tendré el valor heroico de sentirme morir
sin que dejen mis labios escapar un clamor!

Cómo se torna ahora tu cobardía audaz
pues sospechas acaso mi tormento interior.
...Te crees la más fuerte... pero no, ya verás
que si es tuyo el derecho, sólo es mío el amor!

La flor débil y blanca de mi felicidad
ha caído en tus manos... y tendrá que morir
porque sabrán tus dedos vengativos herir
la corola fragante con su perversidad.

Tú bien sabes que nadie la vendrá a defender...
¡Hazla trizas, pues rompes también mi corazón!
Ya ocultarán mis ojos la terrible emoción
si por fin algún día me logaras vencer!

LA REVELACION

Tiene unos ojos negros muy hermosos
que saben escrutar
en los áridos campos de la ciencia;
y pueden admirar
la armonía perfecta de las cosas,
pero no su beldad,
porque no tiene ni ha tenido nunca
el claro dón de la emotividad.

Somos buenos amigos, y me siento
atraída hacia él... ¿curiosidad
tal vez?... ¿por que es un sér extraño?
¿por un afán curioso de indagar
en ese raro espíritu que sale
de la vulgaridad?
No sé. Me gusta contemplar sus ojos

negros, de una belleza singular
sobre cuyas pupilas el misterio
aletea, quizás.

* *
* *

Estando un día juntos en la estancia
que las penumbras envolvían ya,
a través de los vidrios empañados
mirábamos perderse la ciudad
entre doradas brumas... Del crepúsculo
era la hora de infinita paz.
Nuestra conversación languidecía...
yo sentía en el alma penetrar
el alma de la tarde. El pensamiento
por el azul marchábase a bogar.
Me olvidé de sus ojos deslumbrantes,
de mi curioso afán
de indagar en el fondo de su espíritu...
De muy lejos quizás
llegaba hasta nosotros una música
tal como un resplandor crepuscular,
cuya cadencia arrobadora y suave
hizo vibrar mi sensibilidad.
¿De quién aquella música lejana?
¿Beethoven, Grieg o Bach?
Clavé mis ojos en sus ojos negros
y busqué con afán

de emoción, una chispa, una tan solo
sin poderla encontrar!...

*
* *

Adivinó mi pensamiento, y dijo
cogiéndome una mano: «Pues sabrás,
ya que lo quieres, el secreto mio...
¡te voy este misterio a revelar!
Es sencillo y terrible al mismo tiempo...
es... ¡qué no tuve corazón jamás!»—
Quise reír la broma: «Así—le dije—
como en los cuentos de hadas... ¡Já! já! já!
Como aquella princesa soñadora
que una hada bruja y vengativa ¡ah?
le robó el corazón, y luego un príncipe
se lo reconquistó»...—«No, por piedad,
de ésta mi confianza no hagas burla,
que arrepentirme harás
de haber cedido a mi deseo ardiente
de este horrible secreto confesar...»
Y era tan vivo su dolor, y había
en sus palabras amargura tal
que me torné meditabunda y seria,
pensativa, y quizás
temerosa también, pues «¡Ayl me dije—
quién sabe loco está!»—
Esta vez, como antes, en mis ojos

supo mi pensamiento adivinar
pues dijo: «No te asustes, no estoy loco,
te digo la verdad
y escucha bien mi confesión extraña
porque después me compadecerás.»
Y su voz harmoniosa iba a mezclarse
con la música suave... ¿Grieg o Bach
Las desnudas y líricas estrellas
curioseaban desde la eternidad.



Yo le escuchaba conmovida y trémula:
«Sí, no he tenido corazón jamás,
como esa leve princesita blonda
de tus cuentos ingenuos... pero ¡ay!
no ha de venir un príncipe a buscarlo
para mí, ni lo había de encontrar
porque quien sabe donde está perdido»...
«No te aflijas—le dije—pues, quizás
no venga nunca un príncipe a buscarle,
pero sí una princesa... ya verás!»
Prosiguió: «Escucha bien; cuando era niño
yo nunca supe, nunca, de piedad;
los pajarillos para mí eran sólo
juguetes animados, nada más;
y en las horas de ocio, complacíame
en arrancar sus ojos de cristal,

porque pensaba que podría hacerme
con ellos un collar.

Las flores eran bellos, primorosos
caprichos... Mas, pensar
el por qué de sus vidas misteriosas
eso nunca, jamás!

¡Su perfume embriagaba mis sentidos
sin hacerme soñar!

Los crepúsculos, claros panoramas
de un artista muy sabio, mucho más
que todos los artistas de la tierra.

Y la música, ruido singular,
algo mejor que el canto de las fuentes
y los arrullos trágicos del mar...
Se espantaba mi madre de esa horrible
insensibilidad;

y a no ser yo obediente por instinto,
y a no saber cuán malo era matar
al ofenderme acaso los muchachos
a veces en los juegos... ¡ay! quizás
sin sentir compasión ni horror, con una
inconsciente crueldad

como a los pobres pájaros del bosque
sacáales los ojos sin piedad!

A obedecer a mi amorosa madre
me impulsaba tal vez, a no dudar,
alguna fuerza oculta... porque amarla...
¡yo no sabía amar!

Y cuando con sus cánticos sencillos

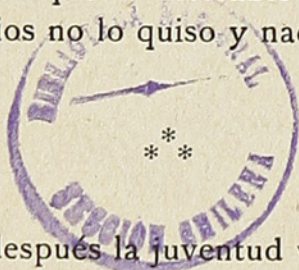
iba mi sueño cándido a arrullar
y me cubría de ardorosos besos
y acariciaba con materno afán
esta revuelta cabellera negra,
no se encendió jamás
en mi pecho un destello de ternura,
y ella al notarlo echábase a llorar
y murmuraba entre sollozos: «Hijo,
no tienes corazón!»... y era verdad!

.....

.....

Por la cumbre del monte solitario
la luna asoma su medrosa faz
palidísima y trágica ¡quién sabe
qué horror de horrores vió en la inmensidad!
Las sombras han caído y tengo miedo,
miedo a él... ¿Quién será
este cuerpo sin alma, que no sabe
de ensueños ni de amor? Fatalidad
horrible! Desde el cielo aquella luna
nos mira conversar
y pone en sus pupilas taciturnas
una llama espectral.
Quiero huir, más no puedo; me detiene
alguna fuerza sobrenatural
y le sigo escuchando enmudecida:
—«Cuando dejé la encantadora edad
de la infancia adorable, cuando empieza
nuestra razón de un sueño a despertar

observé con espanto hondo y terrible,
con inquietud mortal,
que no era yo capaz de un sentimiento
de ternura, de amor o de piedad;
que para mí la vida era tan sólo
un espantoso erial.
¿Por qué no me quité la vida entonces?
Ni cobardía fué, ni fué piedad
de los míos, ni celo religioso,
ni miedo de encontrar
tras de la Vida el pavoroso enigma,
de un hosco Más Allá...
No me arranqué la miserable vida,
porque Dios no lo quiso y nada más!



Llegó después la juventud vibrante;
rehuí de los hombres la amistad
y ésa su loca camaradería
jera yo tan distinto a los demás!
Todos tenían novias adorables
morenas unas, rubias las demás,
con labios hechiceros y encendidos,
ojos negros o azules, de mirar
dulcísimo y amante. Las mejillas
más frescas que las rosas de un rosal.
Gocé con embriagarme en su perfume

para luego arrojar
sus fragantes corolas mutiladas
hacia todos los vientos al pasar
tal como antes hiciera con las rosas
que cuando niño destrozaba ya
con mis perversos dedos inconscientes
sin compasión por su fragilidad.
Una me amó una vez más que las otras,
con una pasión tal
que yo para ella lo era todo, todo,
la Vida, el Más Allá,
el Dolor, la Alegría, la Ternura,
su Dios, en fin, o su Fatalidad.
Y de todas las rosas que cayeron
en mis manos, fué ella la ideal...

.....
.....

Cuando ella se dió cuenta de mi horrible
insensibilidad,
no supe consolarla en su quebranto,
no me fué dado hallar
un soplo de ternura en mis pupilas.
La miraba llorar
sin sentir pena ni congoja alguna
víctima yo de mi fatalidad.
Oprimió entonces con sus manos trémulas
mis sienes con afán
y escrutando en el fondo de mis ojos,

como si por allí quisiera entrar
 en el abismo negro de mi alma,
 buscó lo que no había de encontrar.
 Rodeó mi cuello con sus brazos tersos
 y apoyó su cabeza con afán
 sobre mi pecho falto de ternura,
 con ansias de escuchar
 latir el frío corazón de mármol,
 pero ¡ay! que no lo había de lograr.
 Se levantó muy pálida y me dijo
 esas mismas palabras que tiempo ha
 me dijera mi madre estremecida:
 «¡No tienes corazón!»! y era verdad!

.....

Y ella fué poco a poco decayendo
 víctima de la cruel fatalidad
 que encadenó su corazón ardiente
 a este pecho de mármol, nada más...
 ...Y murió al fin la desgraciada niña
 yo no lloré... «¡qué había de llorar!»

.....

La luna desde el cielo nos miraba
 con su pupila inmaterial...

EL ESTERO

Viene de muy lejos serpenteando y riendo
el estero límpido de corriente clara.

Desde las montañas, baja desgranando
el cascabeleo de sus carcajadas.

Viene de muy lejos, para hacer dichosas
y bellas y fértiles estas tierras áridas.

Por las mañanitas, en sus aguas límpidas
que grato es el baño! Sus caricias blandas
refrescan el cuerpo
y el alma...

Esterito humilde que la aldea alegras,
yo te he recorrido mil veces descalza,
y olvidé jugando con las piedras lisas
de tu lecho, todas mis penas amargas,

mis melancolías pertinaces, esas
tristezas sin nombre, que no tienen causa.

Te contemplé en noches de luna. Corrían
tus aguas serenas con plácida calma
y así iluminado por la clara luna
parecías cinta de bruñida plata.

¡El eterno encanto, trágico y hermoso
que presta a las cosas esta luna blanca!
Si penetra un rayo por entre el ramaje
decimos temblando: «¡Mirad, es un hadal!»
y presos de un miedo delicioso y vago
nos quedamos, mudos, pálidos, sin habla...

Esterito humilde, como he deseado
en noches de luna tener una barca,
y volar en ella sin temor, por toda
la extensión serena de tus aguas candidas,
moviendo ágilmente, con mis manos trémulas
dos resplandecientes remos de oro y plata
y seguir el curso de tus aguas puras
hasta la lejana y enhiesta montaña
donde fuiste nieve, nieve deslumbrante,
de donde bajaste convertido en agua.

¡Oh, viaje de ensueño, viaje iluminado
por los resplandores de la luna pálida!

¡Quién pudiera un día realizarte! Pero,
¡oh dicha imposible! tu estás tan lejana.

Me marcho con pena de este campo triste,
sólo por ti, estero de las aguas mansas.
Tus caricias dulces y suaves y bellas
lo sé, estero mío, me harán tanta falta.

Si una vez pudiera realizar el viaje...
¡mi viaje soñado, mi viaje del alma!

Mas, me falta todo; me falta la luna,
me faltan los remos, me falta la barca...

ALMAS Y ESTRELLAS

EL VIEJO PARQUE

Ya nunca más iremos al parque en primavera,
al viejo y bello parque... ¿Recuerdas? ¡Qué esplendor
el suyo en esos días de dicha placentera!
¡Tambien él comprendía y amaba nuestro amor!

Ya nunca más iremos al parque en primavera.
Ya marchitó el otoño sus rosas, y el color
le ha cambiado, lo mismo que esta pena primera
ha agostado por siempre mis mejillas en flor.

Quise por la vez última marchar por su avenida
silenciosa y contarle las cuitas de mi vida;
al que amparó mi dicha confiarle mi dolor.

También estaba triste... Como me has engañado
tú a mí, la Primavera lo había traicionado
y sollozamos juntos nuestras penas de amor!

ARTE ESPAÑOL

Bello conjunto de colorines,
testas orladas por la mantilla,
calles tortuosas; una chiquilla
de ojos audaces y parlanchines.

Allá una tela toda carmines:
es una calle pobre en Sevilla;
acá una fuente me maravilla
allá me encantan esos jardines.

Conjunto bello y abigarrado
al que preside con su belleza
una figura de traje austero.

Un claustro inmenso y abandonado,
en el ambiente mucha tristeza...
Miro la firma: Julio Romero.



SONATA DE OTOÑO

¡Pobre Concha! que tiene la palidez doliente
de una luna enfermiza de divino palor...
¡Pobre Concha! se muere, se muere lentamente
con la suprema gracia con que muere una flor.

El Marqués de rodillās implora quedamente...
La cabellera oscura como noche de horror
con sus sedosas ondas los cubre dulcemente,
como un velo oloroso de misterio y de amor!

Mas de pronto se queda pálida y temblorosa,
y en un último beso de embriaguez dolorosa
entrega su alma toda presintiendo su fin...

Y así finó esa vida, toda ella consagrada
al alma turbulenta, perversa y depravada
del egoísta y cínico Marqués de Bradomín.

EL IDEAL

Una vida bohemia vagabunda y errante,
por todos los países en peregrinación.
Sin detenerse nunca marchar siempre adelante
para satisfacer esta obscura obsesión.

Y marchar juntos siempre. Llegar hasta el distante
país maravilloso que forjó mi ilusión.
De algún árido suelo a otro exuberante,
de una tierra nevada a otra en ignición.

Eternamente juntos, errantes y perdidos
en la loca pasión y el éxtasis sumidos
sin saber de la dicha ni de la adversidad.

Sin recordar que hay tantas miserias en el suelo
y tanto astro brillante sobre el azul del cielo,
marcharnos así unidos para la eternidad.

DUDAS

Tiene su voz una ternura rara
y sus modales tan gentil torpeza,
que a veces se me pone en la cabeza,
que es verdad el amor que me declara.

¡Se lee en su mirar, sincera y clara,
cuando me alejo de él, tanta tristeza!
Su dulce abnegación y su fineza
me habrían convencido, si aun dudara.

¡Creer yo en el amor! Triste delirio.
Si me ha hecho sufrir atroz martirio
con su cruel veleidad el niño ciego...

¡Mi voluntad a mi deseo cede!
¡Sólo la nieve de los años puede
helar por fin mi corazón de fuego!



GLOSAS

¡Cómo quieres que te crea
si casi siempre que me hablas
las palabras que me dices
suenan a monedas falsas!

F. VILLAESPESA.

¡Cómo quieres que te crea!
El corazón no me engaña
y él me dicen que son falsos
tus mimos y tus palabras.
Cuando me juras llorando
que con locura me amas
no se me alegra el semblante
y se me entristece el alma!
Una oculta voz me grita
que tienes malas entrañas
y son esos ojos negros

menos negros que tu alma!
Y tú sigues susurrando
juramentos a mis plantas
y dices: «porque me creas
qué quieres, vida, que haga?»
Y hay en tu rostro una súplica
tan sincera y tan amarga
que voy a gritar «¡te creol!
¡te creol!» y mi dicha es tanta
que voy, vencida a besarte...
mas... retrocedo espantada.
¿Qué es lo que hay en tus pupilas
que me dice, que me engañas?
Y de nuevo esa maldita
duda se me entra en el alma
y murmura: «¡Ten cuidado
que son falsas sus palabras,
fementidas sus promesas,
hipocresías sus lágrimas».
Y así somos desgraciados
y la duda nos separa...
¡Tú porfiando que me adoras,
yo porfiando que me engañas!

.....
.....
*«Cómo quieres que te crea
si casi siempre que me hablas
las palabras que me dices
suenan a monedas falsas!»*

MI HEREDAD

Yo le pido a la vida un gran árbol frondoso
para que me dé amparo con su serenidad,
y el fulgor de un lucero radiante y luminoso
que me trace el camino que va a la inmensidad.

Mucha plata de luna y algún canto armonioso
que vibre en mis oídos por una eternidad,
y un amor infinito y absurdo y misterioso...
En fin, Vida, que sea de ensueños mi heredad.

Y con amor y estrellas y frondas y sendero
viviré tan feliz que más placer no quiero...
Ah! sí, Vida, te imploro aun otra cosa más.

Que cobijes mi amor, mi sendero y mi estrella
con la enorme ala cándida divinamente bella
de una paz infinita, de una suprema paz.

PARA UNA DAMA DE ROSTRO APACIBLE

Curiosidad artística, quien sabe,
curiosidad humana es muy probable,
mas tu noble semblante inescrutable
a un tiempo bello, soñador y grave,

tus lindos ojos de mirada suave
de expresión siempre dulce y siempre afable,
todo ese encanto espiritual y amable,
que en tu ser grácil reunido cabe,

me inspiran tanta admiración, señora,
que quisiera saber por fin ahora
el extraño secreto de tu calma.

Dime tú si es fingida o verdadera...
¿O serías entonces la primera
mujer del mundo que nació sin alma?

SILUETA

A mi amiga.

Es su silueta elegante
tan delicada y tan fina
tal como una figulina
que trazara un dibujante

soñador: Humo dorado
el cabello; andar airoso,
y un fulgor atormentado,
dolorido y angustioso

sobre los verdes cristales,
verdes como la esperanza
de sus ojos, que por crueles

contradicciones fatales
en la malaventuranza
probaron amargas hieles.

II

¡Cuál resulta poca cosa
el marco vil de un soneto
para decir el secreto
de su gracia luminosa!

Va tras un alucinante
quimera que busca en vano.
¡Lleva en sí misma un arcano
pavoroso e inquietante!

Y así vaga por la vida
con la mirada perdida
tras de su ensueño imposible,

con su inmotivada pena
a todo entusiasmo ajena
y a todo amor insensible!

LAS TARDES SOLITARIAS

ORACION A MARIA

¡Virgen María!

Tú que fuiste mujer

recíbeme en mis horas de agonía

en la dulzura de un atardecer!

¡Virgen María! En río de emociones
me tiene sumergida esta pasión.

¡Tu corazón derrama bendiciones
sobre mi lacerado corazón!

(Bendice esta pasión
tú que fuiste mujer,
y supiste querer
¡oh, madre del amor!)

¡Virgen María!
Por tu divino corazón
en donde florecía
el poema más bello de pasión;

Por las angustias crueles
que por tu hijo sufriste,
y por todas las hieles
que en el mundo bebiste;

¡Oh, madre del dolor!
madre, con todas misericordiosa,
acoge bondadosa
la angustiada locura de este amor!

LA VOZ DEL RECUERDO

I

Nos separó una sombra...
(nos separó la mano del Destino...
¿Qué sombra fué, alma mía?)
¡Dí que no fué la sombra del Hastío!...
Yo me he quedado sola,
para siempre perdida en el camino
poblado de las fieras espantables
que engendra el pesimismo...
y me he quedado sola,
yo que pensé marchar siempre contigo!

II

Ya nunca más me miraré en tus ojos,...
ya nunca más caminaré contigo

por las sendas floridas de los parques...
¡Nunca tu voz resonará en mi oído;
(ya nunca más, desahogaré mi llanto,
mis dulces penas en tu pecho amigo.)
Yo, que amaba la vida,
hoy vivo solamente... porque vivo,
porque me inspira un miedo pavoroso
la puerta negra y hosca del suicidio!

III

¿Por qué viniste a turbar mis horas
de juventud y de vivir tranquilo?
Si ni soñando te ofendí ¿qué causa
te ha trocado de amigo en enemigo?
Mis cuidados amantes,
las lágrimas ardientes que he vertido,
la infinita dulzura de mi acento
para aliviar tu corazón herido
en aquel día infausto en que tu madre
marchóse al Más Allá desconocido...
¡Nada guardó tu corazón ingrato!
¡Todos esos recuerdos han huído!
Debe ser más profunda y pavorosa
que el más profundo abismo
para haberse tragado esos recuerdos
la fosa del Olvido...
(¿Quién te tornó tan cruel? ¿Fueron acaso
los demonios sin fe del Egoísmo?)

IV

Quisiera maldecirte,
mas no tengo valor, no te maldigo;
me vengará la Vida,
me vengará el Destino
cuando recuerdes el albergue dulce,
el dulce albergue de mi blando nido...
Y ¡ay de tí! si despierta la conciencia
y te grita ¡asesino!

V

(¡Dios mío! ¡Cuán profunda y pavorosa
era la ~~alma~~ alma negra del Olvido!)

LOS ARBOLES

¡El encanto de los árboles en los bosques seculares!
De las aves blandos lares,
dulce sombra del viajero extenuado por el sol.
Gala hermosa de la tierra,
verde encanto de la sierra.
¡Grandes árboles benditos que dáis pan a la familia del
[humilde leñador!

Grandes árboles benditos,
compañeros de los hombres, desde que fueron proscritos
del Edén,
vuestras ramas dan abrigos,
grandes árboles, testigos
de la vida que se aleja para nunca más volver!

Sois hermosos cuando el sol de Primavera
cubre vuestras secas ramas de verdura placentera

y os regala con menudas florecillas de color;
y los pájaros cantores
golondrinas, ruiseñores,
saludan con bulliciosa y estruendosa algarabía al
[astro Sol.

Y en Otoño sois hermosos
cuando el huracán furioso
vuestras hojas amarillas por el campo hace rodar...
cuando pájaros y flores y verdura os abandonan,
y en vuestros añosos troncos no se arrullan las palomas,
cuando os bañan los reflejos de la luz crepuscular.

Y cuando el viejo sombrío del invierno se avecina,
y se cubren con la nieve, montes, valles y colinas,
y hasta el cielo se levantan vuestras ramas, secas ya,
cuando el viejo sol no os dora con sus pálidos des-
[tellos,
aun sois grandes, aun sois bellos,
como es bella la tristeza y la muda soledad.

De madera de los árboles se fabrican nuestras cunas,
de madera de los árboles, cuando quiere la Fortuna
o el Destino que vayamos para siempre a descansar,
sobre cuatro tablas negras para siempre nos dormimos
hasta que ni el polvo queda de lo que en la vida fuimos
y en redor de nuestras fosas como fieles centinelas
[aun los árboles están!

EL ELOGIO DE LA SOLEDAD

La Soledad es bella, la Soledad es buena.
Se oyen en el silencio tantas cosas abstrusas...
Cuando cae la tarde con sus llamas difusas
y estamos solos, huyen el dolor y la pena.

Sentimos solos, solos con nuestros pensamientos;
inefables instantes de delicia y de calma,
y escuchar en aquellos divinales momentos
como dialogan juntos, la Soledad y el alma.

¡Haber andado tanto y haber buscado en vano
por valles y colinas y llanuras y abismos
un amigo seguro que nos tienda la mano
cuando el mejor amigo está en nosotros mismos.

La Soledad nos dice con su voz inefable:
«Nada es puro y perfecto; todo falla en la vida:

la juventud es corta, la pasión es mudable
y los afectos mueren y la amistad se olvida.

Cuando te hiera el dardo de los dolores crueles,
desamparado el cuerpo, desamparada el alma,
te cansarás si buscas a los amigos fieles;
refúgiate en ti mismo y encontrarás la calma...»

Y esa voz misteriosa, clara insinuante, bella,
sus divinos consuelos siempre está murmurando
y ya sea benigna o fatal nuestra estrella
como fiel compañera vaga siempre velando.

¡Oh, Soledad! Yo adoro tu refugio encantado,
en tu santuario tienen alma todas las cosas:
el río, el árbol mudo, la llanura y el prado,
la luna, las estrellas, las nubes y las rosas.

Se purifica el alma, se alivia el pensamiento,
tienen mas luz los ojos para ver la belleza,
comprenden los oídos la música del viento
y adivinan las almas la Suprema Grandeza.

A las miradas sabias del espíritu alerta
la cosa más pequeña se torna prodigiosa:
Decimos asombrados: «¡Qué mano portentosa
pudo hacer el milagro de esta rosa entreabierta!...»

La Soledad es consuelo de los desesperados
a quienes pesa el fardo de algún dolor profundo.

¡y es tan piadosa y buena para los desdichados
para quienes fallaron los consuelos del mundo!

Aunque yo ya he podido llegar a comprenderte
en las horas amargas de mi martirologio,
no es, Soledad divina, mi voz bastante fuerte
ni bastante armoniosa para cantar tu elogio.

LA MISA EN LA ALDEA

La Iglesia es muy triste, muy pobre, muy fea,
muy vieja... Una ruina por lo carcomida;
más, resulta bella, porque la rodea
un jardín con rosas, prestándole vida.

La puerta es estrecha. Los días de fiesta
por ella penetran las gentes piadosas
vestidas de negro... Cada cual se apresta
a pedir al cielo cosas milagrosas.

Es la última seña. La campana llama,
llama con voz clara, sonora, elocuente
y en todos los pechos su llamado inflama
los anhelos místicos del alma creyente.

Yo penetro al último. Hay olor a incienso
y los santos tienen rostros espectrales;

se embarga mi espíritu, me conmuevo y pienso:
«Aquí está más Dios, que en las catedrales,

que en las catedrales de naves fastuosas
columnas de mármol, candelabros de oro,
cálices cuajados de piedras preciosas,
casullas riquísimas y atriles de oro.

Aquí está más Dios...» Comienza la misa,
todos se persignan humildes y graves,
los vidrios opacos las luces tamizan
y el incienso esparce sus aromas suaves.

Yo miro los santos que cuelgan del muro;
a mi lado un Cristo de carnes llagadas.
Ponen en mi espíritu un pavor obscuro
sus dulces pupilas tristes y apagadas.

Más allá una Virgen de expresión doliente
bajo el manto azul, cuajado de estrellas.
Se acerca una beata... Besa humildemente
el pálido nácar de sus plantas bellas.

El oficio sigue. Me siento embargada
por un misticismo tan hondo y profundo
que mi fe revive, grande, acrecentada
y elevo mi espíritu muy lejos del mundo.

En el Cristo viejo, llagado y sangriento
veo una hermosura sobrehumana; veo

todo aquel pasado sacrificio cruento
y dicen mis labios: «Señor, creo, creo

que viniste al mundo y que nos salvaste,
que lloraste sangre, que te coronaron
de espinas agudas, y que nos amaste
tanto... y que los hombres te crucificaron...»

Termina la misa. Se van las devotas
con un gran alivio en los corazones,
y yo pienso en cosas lejanas, ignotas,
sumida en un mundo de meditaciones.

¡Oh, Iglesia de aldea, triste y carcomida,
cómo en ti la Augusta Majestad se advierte,
revive en las almas la fe adormecida,
se eleva el espíritu, se piensa en la Muerte.

Salimos serenas y graves. Afuera
esparcen su aroma fragante las rosas,
las rosas que apenas mirara siquiera
y que ahora encuentro casi milagrosas.

¡Qué puros, serenos y azules los cielos!
Mi espíritu goza de paz infinita.
Acabó mis dudas, colmó mis anhelos
¡oh, Iglesia de aldea, tu misa bendita!

YO TE PIDO SEÑOR

Señor, dejo el jardín de mi infancia florida,
ese dulce jardín en donde era la vida
toda pureza y claridad;
y al traspasar sus muros y al entreabrir su puerta
tiembla mi mano tímida y en mi razón incierta
vacila la serenidad.

Si allí hubiera podido quedarme eternamente!
Eran, Señor, sus muros muy altos, y el torrente
de las pasiones al llegar,
contra ellos su fuerza poderosa estrellaba
y en vano contra ellos rugiendo se azotaba,
pues no podía penetrar.

Eternamente dentro reinaba Primavera...
Las rosas no tenían espinas rudas y era
el limpio cielo un claro tul;

nada turbaba el claro cristal de ese momento.
El alma parecía diluirse en el viento
porque era todo tan azul!

Me lo ha dicho mi madre, señor, que las pasiones
sierpes son que enroscadas a humanos corazones
con saña cruel y sin piedad,
se nutren gota a gota de sangre noble y pura
y les dejan en cambio la suya, fría, impura,
toda rencor y liviandad.

En esta nueva vida, que de peligros plena
yo presiento, Señor, para marchar serena
lleno de brío el corazón,
no me dejes perdida en la senda insegura!
Mira, Señor, que es frágil mi blanca vestidura,
mira que es débil mi razón.

Me entusiasma el miraje de nuevos horizontes;
azul y oro en los cielos, nieve blanca en los montes;
y en todas partes la sutil
atracción impalpable de la esperanza bella
que me sonríe en cada deslumbradora estrella
y en cada mañana de Abril.

Mi alma está perfumada de una suave alegría
mi mente es un venero de clara poesía,
mi corazón, nido de amor;
y anhela mi conciencia bondades infinitas,

verter a manos llenas la paz en las precitas
almas que encuentre en mi redor.

No tener más ventura que la ventura ajena,
por las ajenas cuitas sentir tan sólo pena...
sembrando rosas caminar!
La semilla de amor esparcir por doquiera
para que así mis huesos perfumen cuando muera
la fosa en que me tienen que enterrar.

Y que las turbias aguas de la envidia, Dios mío,
no marchiten en flor esta fuerza, este brío
que llevo aquí en el corazón,
en este corazón que ahora es todo tuyo...
¡No permitas, Señor, que en él entre el orgullo,
la más fatídica pasión!

No me prives jamás del bien de la Esperanza,
la divina quimera que desde lontananza
nos guía hacía su claridad.
Los hombres la han llamado traidora y fementida
sin recordar, ingratos ¡que sin ella la vida
sería toda oscuridad!

Y cuando llame Amor a mi alma confiada,
con lumbre de tus ojos alumbra mi mirada,
para saberlo distinguir;
para que mi ignorancia no se engañe y confunda
el falso y fementido amor con la profunda
pasión, consuelo del vivir.

Señor, abro el jardín de mi infancia florida,
avanzo toda trémula mis pasos por la vida
con esperanza y con temor.

Mira cómo es de blanca mi blanca vestidura!
Que no salpique el fango su inmaterial blancura:
¡Dios mío, ampárame en tu amor!

SÚPLICA

Hasta mi puerta no vengas
de nuevo a llamar, Amor,
porque de tus dichas dudo
y recelo tu traición...
¡No te llegues a mis puertas
a llamar de nuevo Amor!

Tu voz murmura engañosa
que son sus ojos de sol,
y que en el fondo de su alma
nunca el mal cabida halló,
y que es hermoso me dices,
hermoso como no hay dos!

¡Amor! ¡amor! no me tientes
porque temo tu traición!...

¡Me heriste una vez tan hondo
tan hondo en el corazón!

(Las flores que tú me ofreces
producen leve sopor,
y en sus corolas esconden
un tósigo traidor...)

Son muy hermosos sus ojos
tiene muy dulce la voz...
Su varonil hermosura
arroba mi corazón...
Pero es en vano que vengas
hasta mis puertas, Amor:
¡Que no he de abrirte lo juro
porque temo tu traición!

NO SIENTAS...

No sientas, alma mía, remordimiento alguno
por el engaño péfido, por la traición cruel.
Decías que me amabas porque así lo creías.
Te engañaste a ti mismo, tú no sabes querer.

Pero no tengas pena. No quiero que tus ojos
me miren tristemente pidiéndome perdón:
tú no tienes la culpa de tantas veleidades
así es la vida humana y así es el corazón.

Tu corazón vacío no abrigó nunca, nunca,
ni un sentimiento puro, ni un poco de piedad
y fué mía la culpa que fuí a tejer mi ensueño
sobre esas ruinas ásperas, sobre esa soledad.

Mi sueño fué sublime, y a despertarme vino,
con su risa sarcástica la bruja realidad...
Te estoy agradecida, porque por ti he probado
el sufrir infinito y el supremo gozar!

PLEGARIA

Olvidar mi amor inmenso
¡cuán poquito le costó!
y los ojos que adoraba
y el sonido de mi voz.
¡Cuán ingrato e inconstante
era ¡oh Dios! su corazón!
Del camino de mi casa
para siempre se olvidó;
se olvidó de sus promesas
y sin mirar mi dolor
creo que hasta el nombre mío
de su memoria arrancó.
Si antes me lo hubieran dicho,
nunca lo creyera ¡no!

Yo para matar mi pena
para extinguir mi pasión,

busqué nuevas alegrías
y pensé en un nuevo amor.
Si él de mí no se acordaba
¿por qué recordarlo yo?

Llegué a tener esperanzas
alimenté una ilusión
pero presto a mí volvía
la memoria de su amor...
¡Ese amor que era mi vida,
mi primavera y mi sol!
Y llegó hasta mis oídos
nueva música de amor,
pero no eran sus palabras,
pero esa no era su voz.
¿Dónde he de hallarla de nuevo?
¿Dónde encontrarla, Señor?

Oh, corazón miserable
que nunca a odiarlo aprendió!
Si fué tan vil su perfidia
¿aun te atreves corazón
a recordar con deleite
el sonido de su voz,
la dulzura de sus besos,
la mentira de su amor?

Tú que de mi alma conoces
la inmensa desolación,

arráncame este recuerdo
que en mi memoria arraigó.
De mi juventud ten lástima
ten piedad de mi dolor...
¡Y para que aprenda a odiarlo
ven en mi ayuda, Señor!

LA NIÑA MARÍA

Hay un pueblo perdido entre rosas
y acacias copudas,
donde son las mañanas hermosas
y las tardes tranquilas y mudas.

Tiene grandes naranjos fragantes
y una fuente de plata bruñida
donde el sol vierte rayos brillantes
y la luna su plata fluída.

Y unas casas blanquizas perdidas
entre espesa maraña de rosas
y una Iglesia de naves brumosas
para bien de las almas heridas.

Vive allí una muchacha de inmensos
ojazos sombríos

que revelan pesares intensos
dolores y hastíos.

Ya no lanza la boca tan linda
su risa sonora...
Ya no tiene colores de guinda
y si ríe parece que llora.

Lleva suelto el undoso cabello;
la llaman María.
¿No es verdad que es un nombre muy bello
y que sienta a su melancolía?

La ví un día marchar a la fuente
por entre las mozas.
Mientras ella iba triste y doliente
ellas iban riendo gozosas.

Con las faldas arremolineadas
por el viento que pasa silbando,
ella arrastra sus plantas cansadas...
y las mozas se alejan cantando.

Las acacias se tornan musgosas,
la fuente no ríe,
y en la espesa maraña de rosas
un rayito de sol se deslía.

¿Cómo siendo tán linda, tán linda,
va triste a la fuente,

y no ríe su boca de guinda
y es su andar perezoso y doliente?

¿Por qué pena la bella María?
¿no es joven acaso?
Lleva dentro una noche sombría
que la envuelve en su fúnebre ocaso

Lleva dentro del alma constante
la desesperanza
de los seres que amaron mucho antes
y no guardan ninguna esperanza.

Una clara mañana florida
juráronle amores.
Mas un día crüel la partida
le clavó su puñal de dolores.

Partió el novio una tarde callada
a tierras ignotas...
Al principio esperó resignada
pero están sus quimeras ya rotas.

Ya no espera, ni carta, ni sueña,
ni llora ni ríe.
Marcha, suelta la trenza sedaña
en que el oro del sol se deslíe.

Mas un día no vino soñando
por la senda que el sol quema y hiere...

—¿Qué ha pasado?—Y contestan llorando:
«¡Qué María se muere, se muere!...»

Me acerqué a la vivienda. Ya abiertas
estaban las rosas.

Hallé al médico junto a la puerta.

Mis miradas preguntan ansiosas...

«—Yo no sé lo que tiene, no llora
y en los ojos la muerte retrata...
No he podido saber hasta ahora
que terrible nostalgia la mata!»

Me quedé yo dudando un instante.
¡Pobrecita la niña María!
La mataba un recuerdo constante...
¡Oh! qué lenta y amarga agonía!

Y marché, en las muchachas pensando
cuya copa de amor es de hieles,
que consumen su vida llorando
por los hombres perversos y crueles.

ANTES DEL TORNEO

Ya se acerca la hora
en que has de ir al torneo brillante de las letras,
torneo en que has vencido
agotando tus fuerzas,
derrochando magnánimo y soberbio
tus duelos y tus penas,
esas penas que ponen en tus ojos,
en tus ojos azules las tristezas...
Y pues que ya venciste
y tuyo el campo es, joven poeta,
vé a recibir la flor, la flor de oro
que ha de darte la reina de la fiesta,
aquella a quien elegirán tus ojos,
la encantadora reina
que con sus manos blancas
como flores de seda,
va a ungir con la corona de laureles

tu gallarda cabeza.
¡Quién sabe si luchaste
y venciste por ella,
para tener la dicha
de coronarla reina de la fiesta,
para tener el inefable goce
de recibir la flor de manos de ella!...
La flor labrada en oro
que adquirirá en su mano blanca y tierna
más valor que un riquísimo tesoro,
más precio que una deslumbrante estrella!
Vé a recibir la flor, joven artista,
vé a recibir la flor, joven poeta,
vé a recibir los lauros
que dejarán en tu gentil cabeza
las hechiceras manos
de la adorable reina de la fiesta.
Vé a recibir aplausos
y flores de las bellas,
que llevarán la dicha a tu alma triste
que llevarán la dicha a tu alma enferma...
Y evoca, aunque no más sea un instante,
en el vivo esplendor de aquella fiesta,
el alma humilde de la tuya hermana
que te admiró y que te aplaudió poeta,
que admiró tus estrofas, cinceladas y bellas,
como el perfume de las rosas, suaves
como el gemir de las palomas tiernas...

A NINON

Traducción de Alfredo de Musset

Si os dijera que os amo ¿qué me responderías
morena de los ojos azules como el mar?
Vos, que a un indiferente tal vez consolaríais,
a mi, aunque sois piadosa, no me perdonaríais
morena de los ojos azules como el mar.

¿Y si yo os confesase que en horas de silencio
mis penas insensatas y crueles escondí?
Tus extrañas pupilas que adoro y reverencio,
en su bello lenguaje, señora, lo evidencio
responderían dulces: «Tiempo ha, lo comprendí».

Y si yo os confesase, qué adorable locura
de vuestra bella imagen en sombra me tornó,
con aire melancólico de desdén y de duda

que os haría más bella—bien lo sabéis sin duda—
morena de ojos claros, me diríais que no.

Si en el alma os dijese que guardo cual tesoro
vuestra frase más nimia, graciosa o baladí,
¿creeríais al cabo, Ninón, que yo os adoro?
¿creerías que sufro? ¿creeríais que lloro,
y tendríais al cabo piedad de mi sufrir?

No, que si lo supierais, vuestras claras pupilas,
llameando me ordenaran que no os volviera a ver;
y no os importarían mis noches intranquilas
¡Sin piedad hundirían vuestras claras pupilas
en un dolor eterno mi desolado sér!

Si supierais, señora, cuanto en la noche velo,
por éste mi imposible, mi inalcanzable amor!
¿No sabéis que esa boca que me transporta al cielo
si una abeja os la viera emprendería el vuelo
para posarse en ella como sobre una flor?

Pero no lo sabréis. Iré calladamente...
A vuestros pies, hermosa, yo me prosternaré.
Pasaré a vuestro lado trémulo, quedamente.
Besaré vuestras manos soñando, y vuestra frente
y sin vuestros enojos renacerá mi fe.

Desde ahora yo escucho de noche el blando acento
en que se une el gemido de tu piano a tu voz.

Ya es risa cristalina, ya es fúnebre lamento
ya acaricia amoroso, ya gime como el viento
ya es romanza de amores o es oración a Dios.

Cuando de ti me alejan las sombras de la noche
y busco de mi cuarto el obscuro rincón,
sacando mi tesoro entreabro su áureo broche
y en medio de las sombras oscuras de la noche
me gozo en contemplarte dentro mi corazón.

Mi amor se oculta bajo máscara de bonanza;
amo, y nadie lo sabe, tan sólo yo lo sé,
y adoro mi secreto, mi triste malandanza,
y me he jurado amaros sin sombra de esperanza
gozando sin embargo con mi infinita fe.

¡Ah! No me ha sido dada gloria tan inefable!
¡Teneros en mis brazos, morir a vuestros pies!...
Me lo revela todo mi pena inexorable...
¡Morena de ojos claros de mirar insondable...
si os dijera que os amo... ¿qué me diríais pues?

EL ELOGIO DEL SILENCIO

De un pensamiento de Maeterlinck

El silencio es algo suave:
seda, raso, terciopelo.
¿Por qué le temen los hombres
si es tan amable el Silencio?

¿De dónde viene este mago
rodeado de encantamientos,
con su cortejo intangible
de sueños y de secretos?

¿De los abismos del mundo
o de los valles del cielo?
Para llegar a las almas
¿cómo ha encontrado el sendero?

Si os embarga la alegría
y contempláis algo bello:
un claro lucero triste
o un claro de luna enfermo;

si os acecha la desgracia
o si estáis velando a un muerto
os ha de sellar los labios
el fantasma del Silencio!

El Silencio es lo más alto
porque siempre es lo más bueno...
Si se acerca a nuestras almas
en su honor, quemad incienso.

Cuando se eleva a las altas
cimas vuestro pensamiento
y tenéis las almas limpias,
serenos los sentimientos,

y cuando sois desgraciados,
entonces baja el Silencio
y cura vuestras heridas
con sus dulcísimos besos.

El, hasta Dios nos acerca
elevándonos al cielo,
y nos pasea en sus alas
por todos los universos...

Es más delicado y suave,
más fino que el terciopelo...
Si se acerca a vuestras almas
quemad en su honor incienso!

MELANCOLIA

Adaptación de Verlaine

Sollozan los violines del otoño,
caen las hojas secas,
el sol lanza sus pálidos fulgores
sobre la tierra yerta...

Los árboles se elevan sin follaje
y en sus ramas escuetas,
no hay un nido, una flor, nada que alegre
la desolada tierra.

Sollozan del otoño los violines
y miro con tristeza
aquí y allá vagar mi alma perdida
entre las hojas secas...

LOS TRISTES

De un pensamiento de Verlaine.

Aquellos tristes que no tienen madre
y cuya vida es un calvario cruel,
y que no encuentran una mano amante
que les alargue algún amigo fiel...

Aquellos tristes que no tienen madre,
aquellos que hasta el sol les niega luz,
y que marchan perdidos en la vida
llevando a cuestas una enorme cruz!

Esos que marchan con los ojos bajos,
ésos que no osan levantar la voz;
que no se atreven a acercarse a un hombre,
que no se atreven ni a rogar a Dios...

Tantos, tantos escollos encontraron
que para siempre se perdió su fe...
¡Oh! Desgraciados que no tienen madre
y no encontraron un amigo fiel!

Si por acaso alguna mano tiéndese
hacia ellos, con honda compasión,
observad esas caras demacradas:
desconfianza revelan y dolor.

Igual que un tierno pájaro aterido
que un niño recogiera con amor,
para que no se muera de hambre y frío...
¡y que él temblara loco de terror!

SILUETAS

SILUETAS DEL CLUB DE SEÑORAS

Todos los dones, todos, en torno de su cuna
alguna hada magnífica tal vez depositó:
blasones y belleza, talentos y fortuna...
El hado estuvo espléndido y nada le negó.

A la suprema gracia, la distinción aún,
y tiende noblemente su mano señorial
a grandes y pequeños, sin distinción alguna:
si es bella su figura, su corazón es real.

Cuando pasea sola por las calles centrales
tocada con sus plumas, blasones ideales,
y ataviada con una suprema distinción,

reviven a su paso de la galantería
las fenecidas leyes, y todos a porfía
le rinden homenaje de amor o admiración.

SILUETAS DEL CLUB DE SEÑORAS

Es la más elegante, la más gentil silueta
de las intelectuales asiduas al Salón.
Es graciosa y amable, espiritual e inquieta
la gentil escritora de espíritu burlón.

Enemiga implacable de toda hipocresía,
dama de elevadísimo, de noble corazón,
con su estilo potente, de viril energía
no tiene más divisa que la sana razón.

Caballero Bayardo, la llaman sus amigos
que aumentan día en día, como sus enemigos
cautivos por su gracia, deponen ya su hiel...

Cuando entra al Club, graciosa, ligera y elegante
parece que revive en ella la brillante,
seductora figura de Madame de Staël.

SILUETAS DEL CLUB DE SEÑORAS

Es ella la mimada, la reina, la pequeña
y graciosa despótica de gesto regalón,
que de los más rehacios corazones se adueña
sin pedir para ello jamás «la permission».

Mil proyectos discurre su cabeza sedena,
su vida es una sola fantástica visión,
y con el arte puro, múltiple, bello, sueña
y lo vulgar le inspira desdeñosa aversión.

No ha cumplido veinte años, más tiene de la vida
en ese corto espacio la experiencia adquirida
y así exclama con una gentil ingenuidad:

«¡Dominar a los hombres!... pero si es tan sencillo...
Un poquito de astucia, y el hombre es un chiquillo
que siempre se doblaga a nuestra voluntad.»

PERFILES LITERARIOS

(R. D. S.)

Yo sé de un sér cuya grandeza es tanta
que no caben en él ni envidia artera,
ni el odio vil ni la perfidia fiera,
a quien la necia vanidad espanta.

Su frente que orgullosa se levanta
¿cuál alta y noble recompensa espera?
si él la fama y la gloria no venera,
¿por cuál emulación trabaja santa?

Yo sé de un sér de singular grandeza
que amando sólo el arte y la belleza
no anhela ver su frente coronada.

Los ama porque sí, que es la manera
más noble del amor, la más sincera.
pues lo da todo y no consigue nada.

PERFILES LITERARIOS

Fernando Santiván.

Novelador eximio y realista,
tienen sus obras la visión completa
y exacta de la vida siempre inquieta
que él ve tras una bruma pesimista.

En el paisaje, singular artista
con algunas vislumbres de poeta..
Su pluma es un pincel, y es su paleta
la Vida misma, triste u optimista.

La magia de su estilo ha conseguido
todo y aún más de lo que ha perseguido,
y sigue nuestra mente fascinada,

al novelista que el misterio entraña,
y así nos entusiasma «En la Montaña»
y lloramos de amor con «La Hechizada!»

PERFILES LITERARIOS

Daniel de la Vega.

Tiene pálido el rostro, mustia la frente
por un halo de gloria ya radiada,
ojos color de ajeno, dulce mirada
y un cuerpo flaco y fino de adolescente.

Condenado a hacer versos eternamente
su juventud sin goces, está cansada.
Bohemio, él a la Vida no pide nada
porque regios tesoros guarda en la mente.

Tienen su bellos versos, la cristalina
sonoridad del agua, que diamantina
bajo el azul del cielo ríe en la fuente.

La vida de provincias, ingenua y quieta
inspiró muchas veces a este poeta
condenado a hacer versos eternamente.

PERFILES LITERARIOS

Juan Guzmán Cruchaga.

Gusta bajo la luna pulir sus gemas
que acaso para oírle mejor se inclina,
y canta a una quimera de Colombina
la dulzura italiana de sus poemas.

Brumas de atardeceres para sus temas
y alguna clara fuente que llora y trina,
a la que hacen los astros más peregrina
posándose sobre ella como diademas.

Quimeras inauditas. Viejos pesares
en la melancolía de sus sueños;
caminos que conducen al ideal...

Locuras, primavera, sendas gloriosas
y todo perfumado y oliendo a rosas
como si fuera toda su alma un rosal.

PERFILES LITERARIOS

Julio Munizaga Ossandón.

Exquisito poeta, cuya elegante
y parnasiana rima, grave y sonora
gusta añorar a veces los tiempos de antes
con elocuencia clara y evocadora.

Tiene una gracia suma para el galante
verso de amor que besos o cita implora.
Bellos son sus paisajes cuando los dora
de oro el sol o de plata la luna errante.

Su verso cristalino cual mariposa
que de un jardín libara rosa por rosa
y una por una toda la floración,

recorre así la gama de los amores
poniendo del talento los esplendores...
pero no la ternura del corazón.

PERFILES LITERARIOS

Carlos Prieto Aravena.

Aunque nació poeta, no lo sabía,
mas se lo revelaron los sufrimientos.
Cuando le hirió la garra de los tormentos
brotó cual de un venero su poesía.

Solo, con sus dolores por compañía,
quiso decir cantando sus sentimientos
cual trovador antiguo que sus lamentos
convirtiera en raudales de melodía.

Que nunca cicatrice la abierta herida
que bajo el negro traje lleva escondida
y de la cual por arte de hechicería

en vez de sangre espesa roja y ardiente
brota azul y sereno, claro y fulgente
el más rico venero de poesía.

LOS TRES CANTOS

LOS TRES CANTOS

Sobre el poema de
Therèse Wilms M.

I

LA MAÑANA

Tiene los cabellos rubios
cual los cabellos del sol,
y hay en sus ojos de cielo
todo un mundo de ilusión.
Su cuerpo grácil y hermoso
lo hizo de rosas, Amor...
Tuvo un hada por madrina
que pródiga la dotó

de belleza, de talento,
de inquietante seducción,
de bondades, de fortuna...
No, nada, nada olvidó,
y para dárselo todo,
¡maldita la imprevisión!
le dió quimeras y ensueños,
locura, imaginación;
con los fulgores del genio
su rubia cabeza ungió
y en su corazón de fuego
puso un tesoro de amor.
¿Qué hiciste, hada madrina?
¡Maldito el infausto dón!
En un cuerpecito frágil
que hizo de rosas Amor
avivar tanta ternura
y encender tanta emoción!
Su boca ríe a los cielos,
canta al árbol y a la flor,
al bosque, al pájaro, al río,
al llano que incendia el sol,
al grillo maravillado
y al álamo temblador,
a los párpados del niño
y a la risa que es candor.
¡Pobre cabecita frágil
con tanta y tanta visión!

Al amor tiende sus brazos...
 ¡Pide amor su corazón!
 A él la empujan anhelantes
 su quimera y su ilusión.
 ¡Darle amor, hada madrina,
 cuando amor es el dolor!

Sylvia, la dulce princesa
 de los cabellos de sol,
 busca al mar por confidente
 de su loca exaltación.
 ¡El mar, que es como ella inquieto
 y como ella soñador
 y que tiene dos amores
 locos: ¡la luna y el sol!

Ceñida contra la inmoble
 roca que el mar azotó
 parece un rayo de luna
 sobre su negro esplendor.

Y dicen así sus labios
 al mar, extraña oración:
 «¡Oh mar! sublime instrumento
 en perpetua vibración.
 Mar alegre y triste y pérfido,
 mar ingrato y vengador,
 que sepultas en tus aguas
 la indefensa embarcación

indiferente a los náufragos
presos de loco terror.
Mas también te tornas suave,
puro, blando, arrullador,
y eres seno de nodriza,
cuna de materno amor
para las aves perdidas
que embriagas con tu clamor.
Cuando mi boca no cante
ni me arrulle la ilusión,
ni me agasaje la vida,
ni me entusiasme el amor,
vendré a buscarte, supremo
y eterno consolador!
Daré por festín mi cuerpo
a tus peces de color,
y tú guardarás mi cráneo,
lo guardarás con amor,
porque yo quiero que sea
un sonoro caracol
que conserve para siempre
tu fragoroso clamor...»

Empezó de las campanas
la melodiosa canción...
En el lejano horizonte
ya se va ocultando el sol...

.....

.....

Es de noche. Sylvia espera...
¡Llegó el príncipe! ¡Llegó!
Su reino no está en la tierra
pero está en su corazón.
Y lo ven llegar sus ojos
bello como un joven dios.
Las trenzas de Sylvia, sueltas
resbalan por el balcón...
Silencio... Callad... ¡Qué hermoso
es un coloquio de amor!

.....
Allá lejos el mar llora
su satánica canción,
donde hay quejidos amargos
donde hay lamentos de horror
y gritos de angustia y pena
de amor y exasperación.
«¡Adiós!» Con un largo beso
fina la cita de amor,
Sylvia cierra la ventana.
¡Todo en silencio quedó!

II

CREPÚSCULO

Sylvia reza... Sylvia reza...
Es la hora crepuscular...
Allá a lo lejos resuena

la campana de metal...
y mientras el día todo
se sume en la obscuridad,
así murmuran sus labios
con una inmensa piedad:

«Reza, alma mía, con toda,
por toda la humanidad,
que ha condenado tus culpas
y no comprende tu mal.
Recemos, alma, recemos
por toda la eternidad.
Por el pozo abandonado,
por el ave sin nidal,
por el duelo del abismo,
por la hoja que se va
desprendida de la rama
en un eterno vagar,
por la cabaña vacía
que aguardando al hombre está,
por el mendigo y el huérfano
por la flor y por el mar;
por el horizonte negro
que anuncia la tempestad
y por esas negras nubes
cargadas de odio, y pesar.
Reza por la enamorada
que no volverá jamás
a contemplarse en los ojos

que adoró con loco afán.
 Por los corazones tristes
 que lloran su soledad,
 mientras los ojos alegres
 los desmienten sin cesar.
 Por el polvo de tus sienes
 y por tu eterno pensar...»

Así reza Sylvia. Lejos,
 el sol se oculta en el mar.
 Las penas rondan el mundo
 con ansias de devorar
 los corazones sedientos
 de amor y felicidad...

.....
 —Un beso, Eugenio...—Sí, un beso
 y los que me quieras dar,
 porque ya soy toda tuya
 por toda la eternidad...»

.....
 Es el eterno coloquio
 que no varía jamás.

¡Por fin se casaron ambos!
 ¡Qué inmensa felicidad!
 Sylvia y su príncipe rubio
 ¿qué más pueden desear?

.....
 Sylvia vela, triste y pálida,

sola con su padecer...
Arde su frente de fiebre,
quema su pecho la sed...
¿Cuándo, cuándo va a acabarse
esa pesadilla cruel?...
¿Y así era el amor? ¡Dios mío!
¡En dónde estaba su fe!

Por los vidrios pasan tenues
fulgores de amanecer.
El frío mortal de su alma
hace estremecer su piel.
¡Cuán poco duró el encanto!
¡Cuán cruel es su padecer!
Dos largos años duraba
ese tormento cruel.
¡Y sin poder olvidar
al que la enseñó a querer!
¿Y cómo quejarse? Si ella
todo lo dejó por él.
Ya se marcharon sus sueños
para nunca más volver.
Sylvia sueña con las aguas
del mar, ese amigo fiel.

¡Cuántas noches intranquilas
en su eterna soledad
en que el padre estaba siempre,
siempre ausente del hogar!

¿De qué le había servido
tanto soñar y soñar,
tanta quimera y ensueño
que eran veneno fatal?
Mas, la rubia adolescente
que jamás entrevió el mal,
creyó su ideal belleza
infalible talismán...

Sylvia recuerda sus sueños,
y pegada al ventanal
su pálida y blanca frente,
mira con honda ansiedad
el camino aquel por donde
su esposo habrá de llegar,
con las azules pupilas
que ella adoró con afán
sin brillo por el insomnio
y vacilante el andar.
Se acercó a sus dulces hijas
y besó con tierno afán
las manitas pequeñuelas
como flores de azahar.
A las pupilas de Sylvia
volvió la serenidad.
Sus hijas eran el iris
después de la tempestad
y mientras ellas vivieran

no era tan negro su mal,

.....
Con un vago clamoreo
que ya cobra intensidad
se despierta de su sueño
perezoso, la ciudad.
Fatigada por la angustia
de su continuo ensoñar
Sylvia se quedó dormida,
rendida ya de esperar.

III

NOCHE

Sylvia, en el claustro sombrío,
por donde apenas la luz
penetra tímidamente;
toda embargada con su
pena, que enclavó su vida
a tan dura y negra cruz,
Sylvia de rodillas llora
bajo el inmutable azul
de los cielos infinitos...
Llora y ruega al buen Jesús
que la contempla amoroso
tambien clavado en la cruz,
y así sollozando Sylvia,
suelto por la espalda el tul

de sus cabellos de oro,
implora bajo el azul:

«Llora con la noche en calma,
llora tu desolación.

Llora, alma mía, tus penas
llora tu infausto dolor...

Llora con la roca helada
con los sueños que olvidó
el tráfigo de la vida...

¡Llora, llora, corazón...!

Llora con la estatua rota
que el tiempo cruel desgajó,
con el negro mar bravío
cuyo abismo se tragó
la embarcación desvalida...

¡Llora de inmenso terror!

Llora, alma mía, la muerte
de tus ensueños de amor,
llora por el hombre ingrato
que tus hijos te arrancó;
llora por la eterna noche
de mi vida y el horror
de esta soledad eterna...

Llora, llora corazón!»

.....

«Noche, en tu silencio tétrico
encuentra mi soledad,
un bálsamo de consuelo

para mi eterno penar.
Yo, acurrucada en tus brazos
soy toda fragilidad...
y tu rumor sin rumores
es la canción maternal
que dulcemente adormece
mi dolorosa orfandad.»

El cuerpo frágil de Sylvia
de belleza sin igual,
se inclina. Las manos pálidas
de una palidez mortal,
cubren los ojos marchitos
fatigados de llorar,
y así le implora a la Muerte,
ansiosa de libertad:
«Muerte, llévame a tu reino;
yo quiero en tu manantial,
beber esas turbias aguas
que han de darme eternidad.
Quiero que me unja tu beso,
quiero tu abrazo mortal,
que ha de hacer vibrar mi cuerpo
con su voluptuosidad.
Quiero volver a la tierra,
sus entrañas fecundar...
y renacer a la vida;
ya mariposa o rosal,
o yerba humilde del campo

o piedra en que reposar.
Nube, pájaro o cordero,
o fontana o manantial.
Muerte, envuélveme en tu manto!
¡Quiero tu serenidad!
El frío beso de olvido
que me ha de santificar!»

.....
.....

Sylvia, a los pies de una monja
que la escucha con amor
pendiente de aquellos labios
en forma de corazón,
mas de corazón herido,
pálidos labios de flor
que le cuentan sus congojas
y su infinito dolor
desahoga así sus penas
con cruel desesperación:
«Madre, en mi abandono horrible
vuestra piedad me amparó,
si no, muero en el camino
abandonada de Dios.
¡Mis hijas, madre, mis hijas!
¿qué fiera me las quitó?
¡Esto es más cruel que la muerte!
¡Esto es desesperación!
¿Cómo yo, tan débil, puedo

soportar tanto dolor?
¿De qué arcilla dura, madre,
formaron mi corazón?
¡Haberlo perdido todo,
todo, pero a ellas no!»

Y así la madre responde
con infinita piedad:

—Espera en Dios, hija mía,
espera en Dios, pues, quizás
si estos horribles tormentos
te envía, para probar
la fortaleza de tu alma,
mas no te abandonará.

—Para vos, madre, Él existe
puesto que vos lo palpáis,
Él os ha dado una vida
de dulce serenidad.

Mas, para mí .. lo he buscado
y no lo he podido hallar.

Lo busqué entre las pasiones,
la miseria, la impiedad.

¿No es ahí, donde infinita
debe mostrar su bondad?

Pero mi vida sombría
privó de su claridad.

¡Ni un resplandor de su gloria
sobre mí vertió jamás!

¡Cuántas veces de rodillas

con desesperado afán
 busqué su huella impalpable,
 mas para mí, sordo está.
 ¡Cuánto imploré, madre mía!
 ¡Ya me cansé de implorar!
 Para vos existe, madre,
 yo no supe de Él jamás!
 —¡Calla, hija mía! ¡Blasfemas!
 ¿Cómo puedes tú negar
 la existencia del Cordero
 que se dió para salvar
 al mundo, a tí... ¡Pobre Sylvia,
 ten de ti misma piedad!»

Por esconder una lágrima
 casi presta a resbalar
 de sus mansos ojos tristes
 la superiora se va.
 La brisa agita las alas
 de su toca monacal
 que parecen dos palomas
 que se aprestan a volar.
 Obscurece; Sylvia llora
 y reza en la soledad.

.....

De pronto su cuerpo frágil
 como movido por un

resorte, se alza: ¡Es posible!
¡Presa bajo el cielo azul!
¡No, que allá ríe la vida!
¡No, que allá juega la Luz!
¡Morir aquí entre esta cera,
este silencio, esta cruz...
No, que la Vida me llama
y yo soy joven aún,
y tienen fuerza mis brazos,
mi cerebro tiene luz
y brilla en mi pensamiento
un claro lucero azul!

Y con las manos tendidas
y suelto el undoso tul
de sus cabellos de oro,
alza desafiante su
preciosa cabeza rubia
que fulge bajo la luz.
El Cordero la contempla
con amor desde su Cruz.

.....
.....
.....

Ahora Sylvia triunfa, ahora
la rodea el esplendor.
Nimba su frente preciosa
halo de gloria y de amor.

Pero hay dos cunas vacías
dentro de su corazón,
heladas, tristes y blancas
que no se entibian ni con
sus besos más ardorosos
ni de su llanto al calor.
Dos féretros pequeñuelos
helados, blancos y dos
aristas de roca dura
que arrancará sólo Dios.
¡Son dos agudos puñales
que horadan su corazón!

En su alma hay un pozo muerto
en donde no ríe el sol.
Su corazón es un nido,
pero un nido sin amor.
Es un palacio de piedra
que el frío deshabitó.
Es un campo devastado,
que el huracán arruinó
Es una flecha perdida,
un triste jardín sin flor
un ciego sin lazarillo...
Es el más negro dolor
de los dolores humanos:
¡Es un alma sin amor!

ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
INTRODUCCIÓN.....	VII
Al márgen de «Remansos del ensueño».....	I
Para el libro de María Monvel.....	3

SENDEROS DE LUNA

El primer secreto.....	7
Y entonces ella dijo.....	11
Delirios.....	13
Epístola.....	15
La ciega.....	19
Amor sentimental.....	21
El eterno coloquio.....	23
El ensueño.....	25
Comunión pagana.....	29
Madame Butterfly.....	31
Horas crueles.....	33
La revelación.....	35
El estero.....	45

ALMAS Y ESTRELLAS

El viejo parque.....	51
Arte español.....	53
Sonata de otoño.....	55
El ideal.....	57
Dudas.....	59
Glosas.....	61
Mi heredad.....	63
Para una dama de rostro apacible.....	65
Siluetas.....	67

LAS TARDES SOLITARIAS

Oración a María.....	71
La voz del recuerdo.....	73
Los árboles.....	77
El elogio de la soledad.....	79
La misa en la aldea.....	83
Yo te pido Señor.....	87
Súplica.....	91
No sientas.....	93
Plegaria.....	95
La niña María.....	99
Antes del torneo.....	103
A Ninon.....	105
El elogio del silencio.....	109
Melancolía.....	113
Los tristes.....	115

SILUETAS

Siluetas del club de señoras.....	119
Siluetas del club de señoras.....	121

PÁSG.

Siluetas del club de señoras.....	123
Perfiles literarios.....	125
Perfiles literarios.....	127
Perfiles literarios.....	129
Perfiles literarios.....	131
Perfiles literarios.....	133
Perfiles literarios.....	135

LOS TRES CANTOS

Los tres cantos.....	139
La mañana.....	139
Crepúsculo.....	143
Noche	148



